

José Luis Pérez Pastor

UNAS LÍNEAS Y UNOS VERSOS SOBRE ANTONIO CILLERO

Tuve la suerte de conocer a Cillero Ulecia, de conversar con él, de entrevistarle, de editar su último libro de poemas y su última obra de teatro, de impulsar el montaje póstumo que se hizo sobre ella, y de participar en el homenaje que se le dedicó desde el Instituto de Estudios Riojanos, así como en el que recibió también en el Centro Riojano de Madrid.

Conocer a Cillero era entrar en contacto con la vida literaria en estado puro. No la de los grandes autores, la de las cenas de gala y los grandes premios con proyección mediática total; sino la intrahistoria literaria, la que nutre los cafés y las bambalinas, aquélla que se sustenta en la ilusión de dar alguna vez en el clavo y elevarse sobre el légamo, aunque el barro sea consustancial al ser humano, que nunca podrá escapar de sí mismo, y menos como literato. Porque la elevación, una vez pasado el momento del hallazgo y de la escritura, queda tan sólo reservada al papel, a los personajes, a los lectores.

Del trato con Antonio Cillero Ulecia me queda el recuerdo de una persona que hablaba con pasión del desengaño, que conversaba con gracejo sobre los cenáculos literarios que pudo frecuentar y que daba forma a la nostalgia cuando evocaba sus conversaciones con grandes literatos, tanto durante sus años madrileños como durante su periplo hispanoamericano.

También me quedan dos pequeñas piezas compuestas, a modo de paréntesis, en el momento de conocerle y al cabo de año de su fallecimiento. Son algo menor, apenas unos apuntes, pero sigo juzgándolos buenos transmisores del tremendo aprecio con el que le recuerdo. Con la venia, las traigo a colación.

UN ENCUENTRO (2004)

Nadie puede saber a ciencia cierta lo que se va a encontrar cuando traspasa las puertas y las rejas de su casa y se va de camino hacia la huerta

Que rodea Tobía. Nadie sabe con qué se topará, con qué personas cruzará su camino por la zona, qué piedras contarán su historia grave.

Ojalá -sin embargo- sean todos los caminos como el de este día en el que me he encontrado una alegría.

Me dirás: “¿y qué hallaste en tal recodo?”
Qué quieres que te diga, buen Cillero:
hoy he encontrado un nuevo compañero.

A CILLERO, UN AÑO DESPUÉS DE SU ADIÓS (2008)

Hoy, que hace un año que está sola la peña en Tobía,
ha venido el nuevo día
como el que viene y se va.
Antonio, hace un año ya
que hiciste el último viaje
tan ligero de equipaje
como otro Antonio que había.
Permite que hoy la poesía
te recuerde en tu paisaje.

Aurora Cillero Azofra

ANTONIO CILLERO ULECIA, EN SU CENTENARIO

Si en muchos escritores es muy difícil deslindar vida y obra, en el caso de Antonio Cillero nos sería casi imposible. Es tal la trabazón de una en otra que necesitamos de ambas para poder entender al hombre y explicarnos su creación. En Cillero, su vida fue su obra, su obra fue su vida.

Antonio nace en Navarrete, cuando La Rioja era Castilla la Vieja, en 1917. Con sólo 15 años hace su primer viaje a Buenos Aires. Allí se pone en contacto con una sociedad cosmopolita que marcará para siempre su visión de la realidad. La capital del Plata será para Antonio un imán que lo atraerá una y otra vez.

Regresa a Navarrete y tras el paréntesis de la guerra civil, nueva y terrible experiencia que nunca pudo borrar de su memoria, continúa formándose, dedicando todo el tiempo que le deja libre su trabajo a constantes ejercicios de escritura. La relación personal con Jacinto Benavente, que leía sus obras de iniciación, y los juicios que el reconocido escritor le enviaba desde Madrid, fueron determinantes para que Antonio se decidiera claramente por el género dramático. Con veinticinco años ingresa en la Sociedad General de Autores.

Crea en Navarrete el grupo teatral "Gonzalo de Berceo" y con esos entusiastas jóvenes: alfareros, artesanos, agricultores... aprendices de actores y actrices, pone en escena sus primeras obras dramáticas.

En esos años inicia su andadura el Instituto de Estudios Riojanos. Antonio Cillero figura entre los miembros fundadores.

Segundo viaje a Argentina, ya con la familia, Ángeles, su mujer y tres hijas. Pero Antonio no era hombre de un lugar y una circunstancia. Unos años en la ciudad rioplatense y el regreso a La Rioja. Por poco tiempo, pues Logroño se le hace chico y difícil.

Buenos Aires lo reclama y él escucha la llamada. Nueva travesía del Atlántico que se presenta como la última y que no lo será. Estos años, en los que reanuda su trabajo literario y sus amistades en la capital argentina, serán los mejores y más recordados. Consolida su nombre allí. Vivirá unos años de entusiasta creación y formación. En el Centro Riojano, en el Centro Español, con un nuevo grupo teatral, sigue estrenando sus obras entre las que destaca *Rucamará*, una gran tragedia, estrenada en el teatro Avenida, elogiada por la crítica en los periódicos porteños.

La última y final recta del camino: el regreso a la patria; esta vez se instalan en la capital de España. En el Ateneo madrileño estrena el monólogo *Confesión pública*, al que le sigue *La gran mascarada*. En Logroño se editan sus obras y queda finalista en varios certámenes literarios, entre otros el *Alfaguara* con *Pascasio* y *Vinagre*, novela que recoge el mundo picaresco riojano.

A partir de 1967 pasa muchos años en Tobía, en la que consideró su verdadera casa, construida en un entorno ideal. Allí escribe sin cesar: teatro, poesía, novela, ensayo... En ese paraíso, entre el río y la Peña, es feliz hasta que fallece su mujer, Ángeles, a la que dedica su poemario *Mi canto general*.

En el pueblecito serrano, ya desvinculado de la vida cultural, lo visitaron y le llevaron nuevas ilusiones los jóvenes escritores de *Ediciones del 4 de AGOSTO*. Él los veía como la promesa, la savia renovadora y ellos se admiraban de cómo su prodigiosa memoria iba desgranando los acontecimientos de casi un siglo de vida. En la colección *Planeta clandestino* le editan *Mi lanza y mi condena*.

Y homenajes ya póstumos. En el Ateneo de Madrid con motivo del estreno de su última gran obra *Los dioses se han fatigado*, en la Universidad de La Rioja, a la que donó toda su obra y por último las Jornadas promovidas por el Instituto de Estudios Riojanos. Del 12 al 16 de junio de 2007, en varios actos, se analizó su obra narrativa y dramática, se comentaron sus poemas y se representó *Los dioses se han fatigado*. Ya no estaba para constatar el reconocimiento a toda una vida dedicada a sus dos pasiones: la literatura y su tierra riojana.

Enrique Cabezón

(SIN TÍTULO)

Paz, libertad, cultura y trabajo,
palabras escritas en una tapia
del patio de Antonio Cillero Ulecia,
jubilado poeta, que saluda
y recibe en su casa de Tobía.

La poesía para alancear,
los versos escritos, sangre que fluye.

En sus palabras: la guerra, el exilio,
algún triunfo, el retorno, y en el aire
flotando, siempre presente el fracaso,
segunda piel que nos define y forma.

Antonio, que de una hostia hizo volar
las gafas de Paco Umbral, se alborozaba
con el reconocimiento de quienes
hoy le visitan, los extraños jóvenes
que leyeron sus libros y hoy comentan
que sería bueno leer nueva obra.

Antonio Cillero, si vieses esto...
Tus poemas siguen vivos, de alguna
manera, han vencido a la corrosión
del olvido, se han impuesto a la muerte.